

Novelas de caballerías, bizantina e italiana en la Florida del Inca

En un pequeño estudio de la narrativa en la *Historia de la Florida* del Inca Garcilaso de la Vega, encontramos un conjunto de relatos de acontecimientos históricos en que el escritor incluye ciertos elementos propios de la novelística del siglo XVI en España, como son las novelas de caballerías bizantina e italiana.

Se trata de ciertos textos, dentro del gran relato histórico, que reciben en pasajes determinados, un tratamiento novelesco que nos deja acercarlos a aquéllas. Son etapas de la acción histórica que se relata y que el narrador despliega de forma de agradar al lector de dichas obras de aventuras. Recordemos que habían sido lectura obligada de la sociedad de la época y que una de las intenciones era la de entretenimiento. De modo que el hombre culto de entonces contaba en su mundo de imágenes las que se desprendían de los libros de caballerías, cuyo paradigma era el *Amadís de Gaula* con sus múltiples derivaciones, el *Caballero Cifar* y *Tirant lo Blanch*.

De ellos el autor toma especialmente la figura del héroe caballeresco en lo que se refiere al aspecto de la aventura o de la serie de aventuras. También conocía el Inca Garcilaso los cuentos de *El Patrañuelo* de J. Timoneda, patrón de la novela corta en España, quien como aquél había recibido la influencia de la literatura italiana a través de el *Decamerón* de Boccaccio y de las narraciones de Mateo Bandello y de Masuccio Salernitano. Además de *El Cortesano* de Castiglione, el *Orlando furioso* de Ariosto y el *Orlando enamorado* de M. M. Boiardo, que le han otorgado el profundo conocimiento del mundo de los ideales que describe, a la vez que le han brindado los altos acentos de la creación literaria de los italianos.

En estas novelas lo importante no es tanto el asunto como el trata-

miento que se le da a la materia histórico-narrativa, eso es precisamente lo que influye en la manera de relatar del Inca Garcilaso, así como en las técnicas que emplea. Exceptuamos el aspecto amoroso de la novela bizantina que no aparece en la Florida.

En cuanto a la función que cumplen dichos textos dentro del gran relato histórico encontramos que contribuyen a amenizarlo. A través de ellos se demuestra como en otros momentos de la historia, la capacidad descriptiva y narrativa del escritor mestizo y en ellos se manifiesta una clara intención estética de su parte.

Digamos que el escritor traslada aquellos procedimientos y técnicas narrativas al mundo de la conquista de Indias, esto es, que las volcaba en su creación aunque aplicadas a un material completamente nuevo, a un universo épico-narrativo al que aquéllas no habían alcanzado, pero que se prestaba perfectamente por el mundo lejano y desconocido que representaba como por su carácter heroico. Así, ya quebrados en la sociedad renacentista, cobraban valor en un asunto —el de la conquista de Indias— que lo permitía.

De tal modo que han de aparecer en estos relatos las series de aventuras en su estructura cíclica de encuentro y desencuentro, de efectos logrados en un movimiento rápido de acumulación precipitada hasta el fin de una situación ordenada.

En los episodios narrados se dan referencias de tipo histórico que les otorgan verosimilitud, se transforman en el sentir de esos caballeros «españoles e indios» y sus hazañas, y representan la vida que se desarrollará en Indias.

El narrador tiene el gusto de novelar aquéllas situaciones adaptándolas a una modalidad anterior. Presenta en estos textos los hechos de la Florida mediante ciertos elementos que servían a la idealización novelística y se beneficiaban de la distancia y la ignorancia a la vez que de la curiosidad que tenía el lector de aquel Nuevo Mundo, poblado de seres extraños en tierras que guardaban para él el exotismo de las tierras orientales.

Hemos de señalar a partir de algunos fragmentos ejemplificadores, los elementos que vinculan esos pasajes, situaciones, personajes, con las respectivas especies de la literatura española.

En primer lugar presentamos los referidos a la novela de caballerías y entre ellos elegimos el episodio histórico-narrativo en que se narra la suerte del español Juan Ortiz¹, que había quedado prisionero entre los indios en la expedición de Pánfilo de Narváez y que luego habría de rescatar la de Hernando de Soto.

Se trata de un par de momentos: en el primero de ellos encontra-

¹ INCA GARCILASO DE LA VEGA, *La Florida del Inca*, México. Buenos Aires. Fondo de Cultura Económica. Biblioteca Americana, 1956. (Libro II, 1.ª parte, cap. I-VII.

mos al protagonista ejerciendo uno de los tormentos que le ha impuesto el cacique Hirrihigua, su señor y que consiste en cuidar del campo de los muertos.

«El cacique, por no verlo así y por librarse de la molestia que su mujer y hijas con sus ruegos le daban, mandó, porque no estuviese ocioso, ejercitarlo en otro tormento no tan grave como los pasados. Y fue que guardase de día y de noche los cuerpos muertos de los vecinos de aquel pueblo que se ponían en el campo dentro de un monte lejos de poblado, lugar señalado para ellos. Los cuales ponían sobre la tierra en una arcas de madera que servían de sepulturas, sin gonces ni otro más recaudo de cerradura que unas tablas con que las cubrían y encima unas piedras o maderos, de las cuales arcas, por el mal recaudo que ellas tenían de guardar los cuerpos muertos, se los llevaban los leones, que por aquella tierra hay muchos, de que los indios recibían mucha pesadumbre y enojo. Este sitio mandó el cacique a Juan Ortiz que guardase con cuidado que los leones le llevasen algún difunto, o parte de él, en protesta y juramento que le hizo, si lo llevaban moriría asado sin remedio alguno. Y para con qué los guardase le dio cuatro dardos que tirase a los leones o a otras salvajinas que llegasen a las arcas. Juan Ortiz, dando gracias a Dios que le hubiese quitado de la continua presencia del cacique Hirrihigua, su amo, se fue a guardar los muertos, esperando tener mejor vida con ellos que con los vivos. Guardábalos con todo cuidado, principalmente de noche, porque entonces había mayor riesgo. Sucedió que una noche de las que así velaba se durmió al cuarto del alba sin poder resistir al sueño, porque a esta hora suele mostrar sus mayores fuerzas contra los que velan. A este tiempo acertó a venir un león, y, derribando las compuertas de una de las arcas, sacó un niño que dos días antes habían echado en ella y se lo llevó. Juan Ortiz recordó al ruido que las compuertas hicieron al caer, y como acudió al arca y no halló el cuerpo del niño, se tuvo por muerto. Mas con toda su ansia y congoja no dejó de hacer sus diligencias, buscando al león para si lo topase, quitarle el muerto, o morir a sus manos. Por otra parte se encomendaba a Nuestro Señor le diese esfuerzo para morir otro día confesando y llamando su nombre, porque sabía que, luego que amaneciese, habían de vistar los indios las arcas, y, no hallando el cuerpo del niño, lo habían de quemar vivo. Andando por el monte de una parte a otra con las ansias de la muerte, salió a un camino ancho, que por medio de él pasaba, y, yendo por él un rato con determinación de huirse, aunque era imposible escaparse, oyó en el monte no lejos de donde iba, un ruido como de perro que roía huesos. Y escuchando bien, se certificó en ello, y, sospechando que podía ser el león que estuviese comiendo el niño, fue con mucho tiento por entre las matas, acercándose adonde sentía el ruido, y a la luz de la luna que hacía,

aunque no muy clara, vio cerca de sí al león, que a su placer comía al niño. Juan Ortiz, llamando a Dios y cobrando ánimo, le tiró un dardo. Y, aunque por entonces no vio, por causa de las matas, el tiro que había hecho, todavía sintió que no había sido malo por quedarle la mano sabrosa, cual dicen los cazadores que la sienten cuando han hecho algún buen tiro a las fieras de noche. Con esta esperanza, aunque tan flaca, y también por no haber sentido que el león se hubiese alejado de donde le había tirado, aguardó a que amaneciese, encomendándose a Nuestro Señor le socorriese en aquella necesidad.»²

Con la luz del día se certificó Juan Ortiz del buen tiro que a tienta había hecho de noche porque vió muerto el león, atravesadas las entrañas y el corazón por medio, como después se halló cuando lo abrieron, cosa que él mismo, aunque la veía, no podía creer. Con el contento y alegría que se puede imaginar más que decir, lo llevó arrastrando por un pie, sin quitarle el dardo, para que su amo lo viese así como lo había hallado, habiendo primero escogido y vuelto el arca los pedazos que del niño halló por comer. El cacique y todos los de su pueblo se admiraron grandemente de esta hazaña, porque en aquella tierra en general se tiene por cosa de milagro matar un hombre a un león, y, así tratan con gran veneración y acatamiento al que acierta a matarlo. Y en toda parte, por ser animal tan fiero, se debe estimar en mucho, principalmente si le matan sin tiro de ballesta o arcabuz, como lo hizo Juan Ortiz...³

Se trata de una de las escenas de gran intensidad dramática y pertenece al cumplimiento de uno de los castigos: la del cuidado del campo de los muertos, el cual constituye una unidad dentro del relato mayor. Es un pasaje digno de destacar dentro del relato del episodio en el que el trabajo del escritor se pone de manifiesto en las descripciones, en la pintura del héroe, en las reacciones de él, en la coronación final, pero principalmente en la construcción del suspenso en que el narrador crea el clima y llega lentamente al desenlace, esto es, el centro del esclavo con el león. Luego aquél crece cuando Juan Ortiz cree haber matado al león pero no lo sabe con certidumbre hasta el día siguiente. Es interesante en cuanto a la narración también el modo de presentar la acción y la magnitud de los hechos para el castigado como para los que los rodeaban, del escritor.

Este suceso vincula el episodio con las novelas de caballerías, con el tema de el niño muerto que es arrebatado por el león, que ya aparecía en novelas como el *Amadís de Gaula* y *El caballero Cifar*. Recordemos aquí el que presenta el Amadís: durante la contienda entre sus caballeros y los Siete Reyes de las Insolas, nació el hijo de Amadís y

² *Ibid.* Libro II, 1.^a parte, cap. II, págs. 49-50.

³ *Ibid.* Libro II, 1.^a parte, cap. III, pág. 51.

Oriana, con unas letras blancas debajo de la tetilla derecha, y otras rojas debajo de la izquierda. Para ocultarlo enviaron al niño al castillo de Miraflores, pero en el camino fue arrebatado por una leona, que lo llevó incólume hasta donde estaba el ermitaño Nasciano, que lo bautizó con el nombre de Esplandián, que decían las letras blancas, y cuidó de su crianza y educación. Así El Inca Garcilaso retoma pues un tema de aquellos libros.

Ya en el segundo de los fragmentos escogidos para mostrar esa influencia, en el mismo episodio, nos encontramos en el momento en que el cacique, después de haber atormentado a su prisionero de diversos modos decide acabar definitivamente con él, para lo cual prepara una fiesta solemne en el pueblo. Ello lo comunica a su mujer y a sus hijas y será una de ellas quien haga sabedor a Juan Ortiz de aquella intención. Lo relata así:

«Mas la mayor de las hijas, por llevar la intención adelante y salir con ella, pocos días antes de la fiesta en secreto dio noticias a Juan Ortiz de la determinación de su padre contra él y que ella, ni sus hermanas, ni su madre ya no valían ni podían cosa alguna con el padre, por haberles puesto silencio en su favor y amenazándolas si lo quebrantasen.

A estas nuevas tan tristes, queriendo esforzar al español añadió otras en contrario y el dijo: «Porque no desconfíes de mí ni desesperes de tu vida, ni temas que yo deje de hacer todo lo que pudiere por dárte-la, si eres hombre y tiene ánimo para huirte, yo te daré favor y socorro para que te escapes y te pongas en salvo. Esta noche que viene, a tal hora y en tal parte, hallarás un indio de quien fio tu salud y la mía, el cual te guiará hasta un puente que está dos leguas de aquí. Llegando a ella, le mandarás que no pase adelante sino que se vuelva al pueblo antes que amanezca, porque no le echen menos y se sepa mi atrevimiento y el suyo, y, por haberte hecho bien, a él y a mí nos venga mal. Seis leguas más allá de la puente está un pueblo cuyo señor me quiere bien y desea casar conmigo, llámase Mucozo; diríase de mi parte que yo te envío a él para que en esta necesidad te socorra y favorezca como quien es. Yo sé que hará por tí todo lo que pudiere, como verás. Encomiéndate a tu Dios, que yo no puedo hacer más en tu favor.»⁴

Este fragmento recuerda una escena de los libros de caballerías, en que una dama prometida a un caballero pide un favor a aquél y en este caso posibilita la huida de otro personaje. Lo acercan a aquellas novelas, el tono en que se desenvuelve, el mensaje y por fin el gesto de agradecimiento que tiene hacia la dama india el soldado español.

⁴ *Ibid.* Libro II, cap. III, págs. 52.

De algún modo el escritor hace una traslación de aquellos personajes y de aquellas circunstancias de la caballería a este Nuevo Mundo, y la influencia se muestra también en el tratamiento de la materia narrada.

A continuación hemos de presentar como ejemplo de los relatos que en la historia de la Florida se vinculan con la novela bizantina, el que trata de lo acaecido a dos soldados españoles en su viaje hasta que llegaron al real de regreso⁵. Así dice el texto:

«...Mas luego que las pasaron /las ciénagas/ dieron en las dificultades y malos pasos que al ir habían llevado, con atolladeros, montes y arroyos que salían de la ciénaga mayor y volvían a entrar en ella. Caminaban solamente al tino de lo que reconocían haber visto y notado a la ida.»⁶

El narrador describe la naturaleza de los obstáculos que los soldados encontraban en su camino, y lo hace en forma detallada. En otro punto dice:

«El peligro que estos dos compañeros llevaban de ser muertos por los indios era tan cierto que ninguna diligencia que ellos pudieran hacer, bastara a sacarlos de él, si Dios no los socorriera por su misericordia mediante el instinto natural de los caballos, los cuales, como si tuvieran entendimiento, dieron en rastrear el camino que al ir habían llevado, y, como podencos o perdigueros, hincaban los hocicos en tierra para rastrear y seguir el camino; y aunque los principios, no entendiéndolo sus dueños la intención de los caballos, les tiraban de las riendas, no querían alzar las cabezas, buscando el rastro, y para lo hallar, cuando lo habían perdido, daban unos grandes soplos y bufidos, que a sus dueños les pesaba, temiendo ser por ellos sentidos de los indios.»⁷

En esta comparación de los caballos con seres inteligentes y con perros de caza, se percibe un tono de idealización del Inca Garcilaso al referirse a ellos como agentes salvadores de los soldados ante la adversidad.

Continúa luego el relato:

«Con estas dificultades, y otras que se pueden imaginar mejor que escribir, caminaron sin camino toda la noche estos dos bravos españoles, muertos de hambre, que los dos días pasados no habían comido sino cañas de maíz que los españoles tenían sembrado, e iban alcanzados de sueño y fatigados de trabajo; y los caballos lo mismo, que tres días había que no se habían desensillado, y a duras penas quitándoles los frenos para que comiesen algo. Mas ver la muerte al

⁵ *Ibid.* Libro II, 1.^a parte, cap. XIII-XV.

⁶ *Ibid.* Libro II, 1.^a parte, cap. XIV, pág. 78.

⁷ *Ibid.* Libro II, 1.^a parte, cap. XIV, pág. 78.

ojo si no vencían estos trabajos les daba esfuerzo para pasar adelante.»⁸

En esta caracterización que hace de los personajes como héroes que debían afrontar una serie de dificultades, tenemos que serían típicos de la novela de aventuras. En otra parte de la narración cuenta:

«A una mano y otra de como iban dejaban grandes cuadrillas de indios que a la lumbre del mucho fuego que tenían se parecía cómo bailaban, saltaban y cantaban, comiendo y bebiendo con mucha fiesta y regocijo y gran plática y vocería que entre ellos había, que en toda la noche no cesaron. Si era celebrando alguna fiesta de su gentilidad o platicando de la gente nuevamente venida a su tierra, no se sabe, mas la grita y algarada que los indios tenían regocijándose, era salud y vida de los dos españoles que por entre ellos pasaban, porque con el mucho estruendo y regocijo, no sentían el pasar de los caballos ni echaban de ver el mucho ladrar de sus perros que, sintiéndolos pasar, se mataban a alaridos. Lo cual todo fue Providencia Divina, que, si no fuera por este ruido de los indios y el rastrear de los caballos, imposible era que por aquellas dificultades caminaran una legua, cuanto más doce, sin que los sintieran y mataran.»⁹

Una vez más los protagonistas se libran de las dificultades y el narrador atribuye la salvación a la Providencia. Y así describe el escritor otras escenas de gran riqueza en el color, como la que sigue:

«Juan López subió en su caballo, y a toda diligencia caminaron más que de paso, corriendo a media rienda, que los caballos eran tan buenos que sufrían el trabajo pasado y el presente. Con la luz del día que no pudieron los dos caballos dejar de ser vistos por los indios, y en un momento se levantó un alarido y vocería, apercibiéndose los de la una y otra banda de la ciénaga con tanto zumbido y estruendo y retumbar de caracoles, bocinas y tamborinos, y otros instrumentos rústicos, que parecía quererlos matar con la grita sola.

En el mismo punto parecieron tantas canoas en el agua que salían de entre la enea y juncos, que a imitación de las fábulas poéticas, decían estos españoles que no parecían sino que las hojas de los árboles caídas en el agua se convertían en canoas. Los indios acudieron con tanta diligencia y presteza al paso de la ciénaga que cuando los cristianos llegaron a él, ya por la otra parte alta los estaban esperando.

Los dos compañeros, aunque vieron el peligro tan eminente que al cabo de tanto trabajo pasado en tierra les esperaba en el agua, considerando que lo había mayor y más cierto en el temer que en el osar, se arrojaron a ella con gran esfuerz y osadía, sin atender a más que

⁸ *Ibid.* Libro II, 1.^a parte, cap. XIV, pág. 79.

⁹ *Ibid.* Libro II, 1.^a parte, cap. XIV, pág. 79.

a darse prisa en pasar aquella legua que, como hemos dicho la tenía de ancho esta mala ciénaga. Fue Dios servicio que, como los caballos iban cubiertos de agua y los caballeros bien armados, salieron todos libres sin heridas, que no se tuvo a pequeño milagro según la infinidad de flechas que les habían tirado, que uno de ellos, contando después la merced que el señor, particularmente en este paso, les había hecho de que no les hubiesen muerto o herido, decía que, salido ya fuera del agua, había vuelto el rostro a ver lo que en ella quedaba y que la vió tan cubierta de flechas como una calle suele estar de juncia en día de alguna gran solemnidad de fiesta.»¹⁰

Después continúa la narración hasta que finalmente llega el auxilio de los soldados que se encontraban en el real.

«Los españoles que en el ejército estaban, oyendo la grito y vocería de los indios tan extraña, sospechando lo que fue y apellidándose unos a otros, salieron a toda prisa al socorro del paso de la ciénaga más de treinta caballeros.»¹¹

Así da el escritor otra perspectiva de los acontecimientos.

Reseñando la narración y teniendo en cuenta la influencia de la novela griega, tenemos que el eje del relato está dado por el viaje de los caballeros españoles. Así, precisamente a través de ese recorrido que se torna inacabable el escritor nos describe: un camino lleno de dificultades, unido al desconocimiento que de él tenían los soldados, el sueño y la fatiga de los personajes, un clima y mal tiempo atmosférico desfavorable como una nueva dificultad; una serie de agentes que intentan resolver las situaciones difíciles como salvadores, que serán, por ejemplo: los caballos, la Providencia, la circunstancia de una fiesta entre los indios, hasta la llegada de los compañeros españoles como auxilio final. Así se cierran un conjunto de momentos de pérdida impuestos por las dificultades en que ha consistido su camino, como un elemento característico del tipo de narración a que aludimos.

Para mostrar la influencia de las llamadas «novela italiana» en la *Florida del Inca*, nos acercamos a un relato que trata de las fiestas que el gobernador hicieron en Sanctiago de Cuba¹² y luego a otro referido a la primera noche de navegación de la armada¹³.

En el primer caso dice el texto:

«Como dijimos, fue recibido el general con mucha fiesta y común regocijo de toda la ciudad, que, por las buenas nuevas de su prudencia y afabilidad, había sido muy deseada su presencia. A este

¹⁰ *Ibid.* Libro II, 1.^a parte, cap. XIV, págs. 80-81.

¹¹ *Ibid.* Libro II, 1.^a parte, cap. XIV, pág. 81.

¹² *Ibid.* Libro I, cap. XI.

¹³ *Ibid.* Libro I, cap. VII-X.

contexto se juntó otro, no menor, que les dobló el placer y alegría, que fue la persona del obispo de aquella iglesia, fray Hernando de Mesa, dominico, que era un sancto varón y había sido en la misma armada con el gobernador y fue el primer prelado que a ella pasó.»¹⁴

Y en otro punto vuelve el escritor a describir el ambiente de fiesta que reinaba en la ciudad:

«Viéndose la ciudad con dos personajes tan principales para el gobierno de ambos estados, eclesiástico y seglar, no cesó por muchos días de festejarlos, unas veces con danzas, saraos, y máscaras que hacían de noche; otros con juegos de cañas y toros, que corrian y alanceaban; otros días hacían regocijo a la brida, corriendo sortija. Y a los que en ella se aventajaban en la destreza de las armas y caballería, o en la discreción de la letra, o en la novela de la invención, o en la lindeza de la gala, se les daban premios de honor de joyas de oro y plata, seda y brocado, que para los victoriosos estaban señalados, y, al contrario, daban asimesmo premios de vituperio a los que lo hacían peor. No hubo justas ni torneos a caballo ni a pie por falta de armaduras.»¹⁵

El narrador muestra el modo en que se celebraba una fiesta propia de la sociedad galante, para lo cual describe los bailes que hacían, y da cuenta de los juegos caballerescos que ejercitaban en esas ocasiones y explica en qué consistían.

Ya en el relato que da cuenta de lo que sucedió a la flota española durante la primera noche de navegación hacia la Florida, nos detenemos en el siguiente fragmento:

«Siguiéndose, pues, el viaje con muy próspero tiempo, sucedió a poco más de media noche que los marineros de la nao que había de ser capitana de las de México, en que iba el fator Gonzalo de Salazar, o por mostrar la velocidad y ligereza de ella, o por presumir que también era capitana como la de Hernando de Soto, o porque, como será lo más cierto, el piloto y el maestro con la bonanza del tiempo se hubiesen dormido y el marinero que gobernaba la nao no fuese plático de las reglas y leyes del navegar, la dejaron adelantarse a toda la armada e ir delante de ella, a tiro de cañón y a barlovento de la capitana, que por cualquiera de estas dos cosas que los marineros hagan tienen pena de muerte.»¹⁶

Describe luego la sorpresa y reacción de aquel soldado a quien el gobernador había dado órdenes precisas y enseguida cuenta:

«Con esto se determinaron ambos a le tirar, y al primer cañonazo le horadaron las velas por medio de popa a proa, y al segundo le lle-

¹⁴ *Ibid.* Libro I, cap. XI, pág. 34.

¹⁵ *Ibid.* Libro I, cap. XI, pág. 35.

¹⁶ *Ibid.* Libro I, cap. VII, pág. 25.

varon del un lado parte de las obras muertas, y, yendo a tirarle más, oyeron que la gente de ella daba grandes gritos, pidiendo misericordia, que no les tirasen que eran amigos. El gobernador se levantó al ruido, y toda la armada se alborotó y puso en arma, y encaró hacia la nao mexicana. La cual, como se le iba el viento por las roturas que la pelota le había hecho en las velas, vino decayendo sobre la capitana, y la capitana, que iba en su seguimiento, la alcanzó presto, donde les hubiera de suceder otro mayor mal y desventura que la que se tenía por lo pasado. Y fue que, como los unos con el temor y confusión de su delito atendiesen más a desculpase que a gobernar su navío, y los otros con la ira y enojo que llevaban de pensar que el hecho hubiese sido desacato y no descuido, y con deseo de lo castigar o vengar no mirasen cómo ni por dónde iban, hubieran de vestirse y encontrarse con los costados ambas naos. Y estuvieron tan cerca de ellos que los de dentro, para socorrerse en este peligro, no hallando remedio mejor, a toda prisa sacaron muchas picas en las cuales entibando de la una en la otra nao, porque no diesen golpe, rompieron más de trescientas, que pareció una hermosísima folla de torneo de a pie, e hicieron buen efecto. Mas, aunque con las picas y otros palos les estorbaron que no se encontrasen con violencia, no les pudieron estorbar que no se trabasen y asiesen con las jarcias, vela y entenas, de manera que se vieron en el último punto de ser ambas anegadas, porque el socorro de los suyos del todo las desamparó, que los marineros, turbados con el peligro tan eminente y repentino, desconfiaron de todo remedio, ni sabían cuál hacer que les fuese de provecho. Y cuando pudieran hacer alguno, la vocería de la gente, que veía la muerte al ojo, era tan grande que les dejaba oírse; ni la escuridad de la noche, que acrecienta las tormentas, daba lugar a que viesen lo que les convenía hacer; ni los que tenían algún ánimo y esfuerzo podían mandar, porque no había quien les obedeciese ni escuchase, que todo era llanto, grita, voces, alaridos y confusión.»¹⁷

Se trata de una escena regida por la confusión y es la que nos interesa aproximar a los caracteres de la novela italiana. El narrador describe paso a paso los movimientos que se iban produciendo y las acciones que sobrevenían como consecuencia. Muestra como dos obstáculos la actitud de los viajeros y la oscuridad de la noche, para llegar luego a la situación de desesperación de los personajes. En ella está contenido el clímax de la escena que se viene desarrollando. Es pues, un cuadro de gran tensión dramática y que el narrador describe con suma prolijidad. Podemos acercarla a la intensidad con que se relatan dichas escenas en la novela italiana y que en cuanto a los diver-

¹⁷ *Ibid.* Libro I, cap. VII, págs. 25-26.

esos momentos de solución y alejamiento de la difícil situación en la novela de aventuras.

Como desenlace de la situación anteriormente descrita, narra el escritor:

«En este punto estuvieron ambos generales y sus dos naos capitanas, cuando Dios Nuestro Señor las socorrió con que la del gobernador con los tajamares o navajas que las entenas llevaba cortó a la del factor todos los cordeles, jarcias y velas con que las dos se habían asiado, las cuales cortadas, pudo la del general, con el buen viento que hacía, apartase de la otra, quedando ambas libres.»¹⁸

Tenemos pues encarnados en el Dios Supremo el agente que logró que los elementos cortantes de una nave obraran sobre los hilos y demás materiales enredados de la otra, esto es, que actuaran como *Deus ex-machina* para resolver esa situación que se acercaba a la tragedia, secundada seguidamente por la acción del viento que permite el alejamiento de las naos y el feliz desenlace de la escena descrita.

Si nos referimos en primer lugar al aspecto compositivo de estos episodios, tenemos que el narrador prepara el relato con una breve introducción para pasar luego al cuerpo central del mismo, en que se muestra el suceso o la situación producida, la que desarrolla hasta llegar al desenlace y proseguir de inmediato con el relato mayor que constituye la historia.

En cuanto a las técnicas y procedimientos empleados encontramos gran morosidad y detalle en la descripción como en las vicisitudes por las que atraviesan los personajes. Se narran fundamentalmente las acciones y los grandes movimientos y se relega la caracterización de personajes casi a un arquetipo que actúa, ya que está subordinado a los hechos que han tenido que soportar: éstos, muchas veces imaginados y presentados con gran cuidado, se originan en circunstancias y casos ocurridos en la empresa. Los personajes representan a españoles e indios y se muestran en ellos principalmente las cualidades de honor y valentía, de cortesía y el deseo de la honra entre los combatientes, propias del caballero de aquella sociedad.

En lo que concierne al estilo podemos señalar el uso de diálogo entre unos y otros héroes de aventura, que el narrador presenta en forma directa o indirecta. A veces se da la intervención del propio autor, para hacer consideraciones o enjuiciar la conducta de sus personajes; hay ciertas moralizaciones que provienen de la literatura medieval española.

Como tópicos de la literatura caballeresca, aparecen los comportamientos dignos del honor y la cortesía, como son: los ritos del comba-

¹⁸ *Ibid.* Libro I, cap. VII, pág. 26.

te, los saludos que entrecruzan los contrincantes, las leyes caballerescas, los juegos, los tratos entre ellos.

Los escenarios que se describen son: el mar, adecuado para las aventuras, los palacios en que tienen lugar elegantes fiestas de refinamiento cortesano, los riquísimos templos, todos ellos equivalentes del ambiente de novelas griegas y de galantería italiana, dentro del mundo indígena de la conquista española. En ellos se trazan cuadros de confusión, de gran tensión dramática, como situaciones de encuentro y desencuentro, planteamientos de dificultades sucesivas hasta su superación definitiva, que a veces se resuelven mediante soluciones mágicas. Todo se vuelve digno de la novela bizantina y de las escenas renacentistas vividas y recreadas por los grandes poetas italianos.

Los nombres extraños —esto en los referidos a sitios y personajes indígenas— llevan en sí la sugerencia de lo exótico, lo cual produce a la vez deleite y alejamiento en el lector.

Se hace una transposición del mundo de la caballería al de la conquista, el actor protagonista es el español que busca aventuras, en tanto los sucesos se desenvuelven en tierras desconocidas.

El narrador brinda en el tratamiento de los hechos, precisamente en estos relatos, un tiempo novelesco dentro del gran relato histórico y del tiempo que éste propone.

Lo que destacamos en la presentación de ese mundo embellecido, ideal, de seres valientes que la epopeya de Indias recoge con personajes propios, es el poder narrativo y descriptivo del Inca Garcilaso como humanista, a partir de sus propias lecturas.

La estructura del relato de las aventuras se ve influida por los modelos literarios, las acciones en su desarrollo son primordiales en aquel género novelístico; las técnicas descriptivas en que esas narraciones se complacen, en fin, los temas y motivos, el modo de desplegar un acontecimiento y fundamentalmente el tratamiento que les concede el escritor, a estos pequeños cuadros, poseen ciertos puntos de contacto que recuerdan la novelística española en sus especies de caballerías, bizantina e italiana.

Amalia INIESTA CÁMARA
Universidad Complutense de Madrid
(España)